



Las entrañas de Police

Sting, Andy Summers y Steve Copeland escucharon las plegarias de toda una generación: este año, la banda inglesa retomó los micrófonos y se lanzó de gira. Dicho regreso le ha servido a Summers para publicar un libro que muestra su amor por la cámara y, de paso, darnos acceso total al backstage de los conciertos que realizaran a principios de los 80.

Por **Andy Summers**

Omaha, Nebraska o algún lugar por el estilo. Estoy aburrido, sentado en el tráiler antes de la prueba de sonido. Agarro mi Telecaster (un modelo de guitarra) de un sillón café y hago sonar su baja e inamplificada voz para acallar esa especie de quejido de animal moribundo que viene de fuera, compuesta por una mezcla de motores de diesel, murmullos de hombres y un resonante micrófono que se prueba en el escenario. Aquí, el cielo parece más grande y profundo que en Inglaterra; la tierra, más extensa y silenciosa conforme se aleja de los suburbios de Omaha hacia el Pacífico, al Oeste, y hacia el Atlántico, al Este. Pasto, tierra y lonas se abren paso a través de las diminutas y apretadas paredes del tráiler, inundándolo con el hedor de un circo ruidoso y viejo. Conecto la guitarra al amplificador y toco un acorde E grave que se escucha cual bestia pequeña y enojada dentro del tráiler. El

show de esta noche es al aire libre; quizá las estrellas iluminen iridiscentemente la noche de Nebraska, mientras nosotros nos quemamos. La multitud espera para entrar. Unas 30 mil personas se empujan contra la reja, en la que hay un cuervo sentado cual indio viejo.

Dentro de un minuto dejaré la guitarra y tomaré una cámara. Sting y Stewart ya están afuera, en alguna parte. Puedo escuchar a Stewart aporreando su bajo. Mis cámaras están en un estuche negro, justo por aquí... dos Nikon FEs, tres lentes y 20 rollos de película Tri-X. Música y fotografía. ¿El camino hacia el centro de esta experiencia? Otra forma de soñar a través de la burbuja eléctrica de la fama —el ala de la polilla que se incendia, dejando sólo el rastro de notas, acordes y ritmo. Pinta con luz: sácale una fotografía y guárdala en un cajón. Apunto la parte baja de mi guitarra por encima de la multitud y disparo.

CARAS221

Empujo la puerta del tráiler para abrirla y me rindo ante una ráfaga de mitad de verano, típica de Nebraska; incluso en esta alejada región norte el calor penetra, metiéndose bajo tu piel como un mosquito. La luz resplandeciente proyecta grandes sombras en el suelo, cual fantásticas figuras de Gaudí. Quiero la fornida espalda *Kingkonesca*, el músculo negro de un *tee* bajo el resplandor del sol norteño. Levanto la cámara... una, dos, tres tomas y el olor de la electricidad se apodera de mi cabeza, como una droga, un eco previo a la noche que nos espera con su poder amplificado, ruidero, distorsión, cuerdas vocales forzadas y una multitud que se mueve como vista a través de un ojo de pescado.

La sobreprotectora seguridad del Four Seasons de Chicago, las calles nevadas y la dura estancia en el Days Inn en algún lugar de Texas hace tres años, son recuerdos que entrelazan cervezas Coors y cigarrillos; una joven se inclina sobre la barra de un bar para abofetear a alguien. Me entrego al sueño con un balbuceo y un desfile de fotografías tomadas durante el día con comentarios apurados: ésa, ésa fue afortunada, no es buena, no es buena. c# menor, A mayor, B séptima, f# menor. Clic, clic, clip.

Japón. Rugimos a lo largo del país con el monte Fuji hacia el este, a través de una ventana impregnada con gotas de lluvia. Subo la velocidad del obturador y tomo a un grupo de adolescentes que, en el auto contiguo, se amontonan sobre la puerta de cristal, mirándonos y cubriendo sus bocas con expresión de sorpresa.

Kyoto y el jardín zen del rock, fina área rastrillada, piedras pesadas y la cara del guía cubierta por la lluvia.

Una chica gorda de Arizona se me ofrece como regalo de cumpleaños. Le tomo una foto y me dice que su hermano es guitarrista. Rebasamos a un tiburón que se encuentra en la parte trasera de una camioneta en la Ruta 66 y llegamos a Arizona, donde se nos acusa de tocar la música de Satán.

En algún lugar del Medio Oeste, llegamos a la cima de una colina, apagamos el motor y nos carcajamos por la sorpresa de ver el auto yendo cuesta abajo —éste es el significado del éxito.

Cada noche toma más tiempo dejar atrás el sonido del mar, de la multitud en



1982 Sting, durante una sesión de grabación en los estudios Air, en la isla de Montserrat, en el Caribe.

tu cabeza, la repetición incesante de las letras, la vibración del bajo, los rostros llenos de angustia cuando no te acercas lo suficiente.

Capto a los fotógrafos mientras ellos nos captan a nosotros. Balas de emulsión plateadas cruzan el cuarto como la balacera del OK Corral (legendario tiroteo realizado en Arizona). Cada quien estudia el arma de los otros y farfulla acerca de los rollos de película, el autofoco, los lentes, motor drives; nunca del arte.

Ciudad de México. Me escabullo por la cocina del hotel con unas gafas de sol puestas. Llevan ya tres días esperándonos —hay una multitud apretada, arremolinada contra la cerca del hotel... Bufandas, plumas, playeras, corazones y dientes listos. Paso al lado del cocinero, sonrío y le tomo una fotografía, junto con la tinaja con comida verde que está hirviendo. Afuera de mi habitación, en el piso 20, un rollo de papel de baño, con la palabra 'ayuda' garabateada en éste, se despliega por el corredor.

Gente, paredes, hoteles, corredores, charolas, comida, fans, aeropuertos, bocas abiertas, manos y brazos que buscan alcanzarnos, cámaras levantadas, neón, vaqueras, vaqueros, policías, freaks de San Francisco, vampiros, bai-

larines de flamenco y un mosquito muerto, embarrado en una malla caribeña.

¿Mi papel en la obra en curso? Lo consigo con el control remoto. Pongo mi pequeño juguete narcisista al lado del pizarrón que está en el escenario, junto a mí, cerca de los aparatos que dan textura al sonido de la guitarra. Pero presiono muy fuerte y dispara el rollo completo. Regreso a la música, donde se supone que debo estar.

Una fotografía es un acorde; un acorde, una fotografía.

La dinámica cambia, el grupo empieza a salir por separado. Me siento en un merendero en Cleveland, la rocola toca "Roxanne", una hormiga camina por mis papas, y el USA Today pega contra la ventana. Hay un niño en la calle con un mohawk —el Londres punk de hace cien años: Kings Road, Chelsea, con la mirada fija en las paredes grafiteadas—. El club Vortex, el Marquee, un escupitajo en el aire, piel negra y el camino a CBGB's, Detroit, Atlanta, y shows con The B-52's. Jalo la correa manchada de la cámara, que es una isla. El mundo lo genera y la cámara lo reproduce.

Alguien me llama, es hora de la prueba de sonido. El cielo se está nublando. Parece que va a llover.